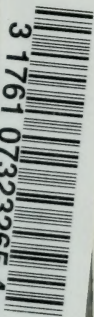


3 1761 07323265 4



Rojas, Ricardo
La universidad y la
cultura argentina

LA
548
R65

EDICIONES SELECTAS
AMERICA

CUADERNOS
MENSUALES

DE LETRAS
Y CIENCIAS

RICARDO ROJAS



**LA UNIVERSIDAD Y LA
CULTURA ARGENTINA**



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MORENO 1167
Buenos Aires
1921

Capital: 0.20 centavos
Precio: 0.25

Septiembre de 1921.

EDICIONES SELECTAS
AMERICA

CUADERNOS PUBLICADOS

Año I ===== **Tomo I**

- | | |
|---------------------------|----------------------------|
| Amado Nervo | Florilegio III Edición |
| José Ingenieros | La moral de Ulises III Ed. |
| * Almafuerte | Espigas II Edición |
| * Julio Herrera y Reissig | Opalos II Edición |
| * Martín Gil | Cielo y Tierra |
| * Ernesto Mario Barreda | Canciones para los niños |
| * Eduardo Talero | Amado Nervo |
| Alberto Gerchunoff ... | Cuentos de ayer |
| * Leopoldo Lugones | Rubén Darío |
| Florentino Ameghino . | Los cuatro infinitos |
| Rafael Alberto Arrieta | Selección lírica |
| Vicente A. Salaverri .. | La visión optimista |

Año II ===== **Tomo II**

- | | |
|--------------------------|-------------------------|
| * Fernández Moreno ... | Versos de Negrita |
| Joaquín V. González .. | Música y danzas nativas |
| * Rubén Darío | Poemas II Edición |
| Arturo Capdevila | La pena monstruosa |
| * José Enrique Rodó ... | Joyeles |
| Arturo Cancela | Cacambo II Edición |
| Armando Donoso | Un hombre libre |
| * Ricardo Rojas | Canciones |
| * Roberto J. Payró | Historias de Pago Chico |
| * Amado Nervo | Pensando. |
| * Alfonsina Storni | Poesías |
| * Edmundo Guibourg ... | Evocaciones |

AÑO II ===== **Tomo III**

- | | |
|------------------------|---------------------------------|
| Horacio Quiroga | Los Perseguidos |
| Enrique Banchs | Lecturas |
| * Mario Bravo | Canclones de la soledad |
| * Roberto Gache | Del vestido y del desnudo II E. |
| Carlos Vaz Ferreira .. | Ideas y Observaciones |
| * Agotados. | |

VENDIDO POR
CASA PARDO
LIBRERO ANTICUARIO
CALLAO 327
BUENOS AIRES

EDICIONES SELECTAS
AMERICA

RICARDO ROJAS



La Universidad y la Cultura Argentina

(Breve historia de la Facultad de Filosofía y Letras)



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MORENO 1167
Buenos Aires
1921



LA
548
R65

LIBRARY
9 1970
FORONDA

La conferencia que publicamos en este Cuaderno ha sido pronunciada por su autor y el acto organizado por el Centro de Estudios y por las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras, para conmemorar el centenario de la Universidad de Buenos Aires.

Se trata — como verá el lector — de un trabajo serio en el que el eminente profesor establece con claridad las relaciones entre la Universidad y la cultura argentina y resume la historia del estudio de las humanidades en el país.

Haciendo una distinción que honra mucho a nuestros cuadernos, Don Ricardo Rojas nos ha cedido inédita esta conferencia, que a buen seguro, dados sus altos méritos, ha de alcanzar gran difusión entre el público inteligente.

En cuanto al éxito obtenido entre los universitarios lo ponen en evidencia una entusiasta nota que han dirigido al maestro los estudiantes de Filosofía y Letras, y la resolución del Consejo Superior de la Universidad que se propone hacer una edición oficial de este importante trabajo.

La Universidad y la Cultura Argentina

Señoras, Señores:

DESIGNADO por las autoridades y alumnos de esta casa para conmemorar aquí el primer centenario de la Universidad de Buenos Aires, no creí que la historia de la secular fundación debía ser el tema del acto análogo celebrado por toda la Universidad en su fiesta de ayer. He creído, en cambio, que en esta conferencia organizada separadamente por nuestra Facultad, mi tema debía consistir en la posición que ocupamos dentro del complejo organismo universitario y en nuestras particulares relaciones con el ambiente general de la cultura argentina. No los ornamentos de un ídolo asiático, sino la desnudez de un ícono griego, adoptaré como paradigma de mi discurso, según cuadra a la austeridad de esta ocasión, pues voy a mostraros, en la sim-

ple desnudez de la verdad, la historia de nuestra propia existencia como parte integrante de la Universidad cuyo fasto conmemoramos.

Hasta hace pocos años, era esta la más joven de las facultades bonaerenses. Al fundarse otras dos más nuevas — la de ciencias agropecuarias y la de ciencias económicas — perdimos aquel rango de novicios, pero hemos continuado siendo un poco los recién venidos de la Universidad, y es tan reciente nuestro origen, que ni siquiera cultivamos la memoria de nuestros propios anales. Digamos con rubor para comprobar el aserto, que este año ha cumplido su cuarto siglo nuestra Facultad (lo cual es como decir las bodas de plata de la Universidad argentina con el humanismo), sin que la venturosa fecha haya sido oficialmente recordada en sus aulas. Y puesto que hoy me toca tablar en nombre de mis colegas y de mis discípulos, por haber coincidido las autoridades de la casa y el Centro de Estudiantes al designarme su vocero en la excepcional ceremonia, aprovechemos la ocasión para localizar el fasto de la Universidad ya centenaria en el recuerdo más actual de nuestra propia efemérides.

Hace hoy veinticinco años, esta casa de estudios se abrió a la vida intelectual en condiciones harto precarias. Inicióse la fundación bajo el rectorado de don Leopoldo Basavilbaso, asesorado eficazmente en la empresa por su secretario don Norberto Piñero, que años más tarde ocupó el decanato. El Consejo Superior adoptó la iniciativa el 27 de Abril de 1888, pero la crisis política de 1890 retardó su realización. Solo un lustro después votó el Congreso los fondos necesarios, y el presidente Uriburu, decretó la crea-

ción de esta Facultad el 13 de Abril de 1895, nombrando para constituir su primer Consejo Directivo, a hombres notables de la República, que se llamaban Bartolomé Mitre, el más ilustre de nuestros historiadores; Bernardo de Irigoyen, orador parlamentario de maneras corteses; Carlos Pellegrini, talentoso estadista educado en el culto del arte; Ricardo Gutiérrez, poeta del amor elegíaco; Rafael Obligado, cantor de las tradiciones nacionales, y finalmente dos pensadores, Joaquín González y Pablo Groussac, tan diversos en la vida como en la obra, pero en quienes la nueva generación de aquella época reconocía a dos de sus maestros más respetables. Algunos cambios hubo en ese grupo selecto antes de la definitiva instalación. Mitre pasó a la Academia, de la que fué, con don Carlos Guido Spano, fundador eminente. Groussac se retiró de la casa; Gutiérrez no se incorporó en la tarea; y vinieron luego a cubrir los claros del flamante consejo, Norberto Piñero, Ernesto Weigel Muñoz, Indalecio Gómez y Francisco García. El Consejo así constituido, nombró primer decano a don Lorenzo Anadón, hombre de disciplinada cultura. Entraron luego en el Consejo: Manuel Quintana, Estanislao Zeballos, Valentín Balbín, Manuel Mantilla, Enrique García Merou, Bernardino Bilbao, Rodolfo Rivarola y Miguel Cané nuestro segundo decano. Tales fueron los primeros rodrigones de la noble vid plantada en tierra ingrata, y me atrevo a afirmar que al alto prestigio o a la virtuosa dedicación de esos iniciadores debió esta casa su primera fortuna, salvándose de fracasar como habían fracasado análogas tentativas anteriores.

Las universidades españolas del coloniaje,

consecuentes con su filiación medieval, habían hecho del humanismo, como han seguido haciéndolo otras naciones de América, la base de la cultura superior. Bachilleratos y licencias, preparatorios del antiguo doctorado, estribaban en la filosofía que disciplinaba el pensamiento, y en el latín que adiestraba en las artes verbales de la expresión. Así era el Colegio Carolino donde se educó Rivadavia, que al organizar la Universidad bonaerense, copió de las universidades francesas las tres facultades profesionales — derecho, ingeniería, medicina — pero manteniendo el antiguo método carolino de la filosofía y el latín como fundamento de los cursos preparatorios. Todo ello desapareció durante la dictadura de Rosas, cuya negativa influencia no podrá ser rehabilitada en la historia de la cultura argentina. Cuando Rosas cayó, los arquitectos de la moderna organización civil vinieron a levantar fábrica nueva sobre el solar desierto que nos dejó la tiranía, y entonces vimos, después de 1860, el fracasado intento de los que deseaban reanimar en nuestras utilitarias casas profesionales la lámpara del humanismo que el viento de las pampas vuelta a vuelta apagaba con sus soplos hostiles.

Rotos los moldes políticos de la cultura española durante la revolución democrática, nos habíamos dado a romper los moldes clásicos de la cultura europea mediante la reforma positivista de nuestra educación. Nuestros políticos del momento, improvisados pedagogos que leían las últimas revistas para mostrarse hombres ilustrados, habían descubierto las ideas de Spencer sobre la educación moderna y la prédica de los que en Alemania, Inglaterra y Francia estaban pre-

conizando la fundación de institutos pragmáticos para la nueva educación. No se enteraron ellos que allá la escuela clásica, única y vigorosa en su tradición de seis siglos, invadía todo el sistema, con sus quince horas semanales de lenguas muertas, durante más de un lustro para cuantos desearan cursarlas; ni se enteraron de que las nuevas escuelas agrícolas, comerciales e industriales iban surgiendo en esos países en detrimento de la enseñanza humanista. Pero nuestros magníficos educadores, que vivían de remedar el ideario europeo sin comprenderlo, empezaron a destruir los estudios liceales, hasta refundir colegios y escuelas en un solo tipo híbrido de enciclopedismo verbal y de inútil pedantería. Rompimos en medio siglo los viejos moldes sin reemplazarlos, y ha sido tarde cuando hemos empezado a quejarnos de nuestro desastre educacional.

Los que entre el Atica y la Beocia habían optado por esta última como ideal para su patria, olvidaban que si bien los atenienses llamaban beocios a las gentes groseras, en la Beocia se alzaba el monte Hélicón donde moraban las musas y manaba la fuente de las inspiraciones apolíneas. La historia, la filosofía, el arte, eran, pues, no sólo conciliables sino necesarias a un pueblo de pastores; pero algunos de nuestros maestros no lo entendieron así. Dos de los más influyentes, Alberdi y Sarmiento, habían desde temprano exagerado en sus predicaciones la doctrina funesta, y bueno es que empecemos a desautorizarlos para todo aquello en que evidentemente se equivocaron. Ambos llevaban razón en cuanto dijeron a favor de nuestros progresos utilitarios y de la enseñanza pragmática que nuestra in-

digencia reclamaba, pero no llevaron razón en su notorio desdén por ciertas formas desinteresadas de la vida espiritual. Fueron, los dos, eficaces pensadores políticos de su momento y de su medio, aunque no filósofos en el sentido universal que ha de darse a este nombre sagrado. Sarmiento se mofaba de los versos y de los ingenuos que los componían, sin duda porque no habiendo podido versificar, su tonante orgullo se vengaba así de ese primor que a su talento le negaron las musas. Alberdi, por su parte, deformaba en aversión a la historia su pasión contra Mitre, mientras su erudición de economista y de sociólogo se jactaba de no haber podido soportar la lectura de los clásicos castellanos. Ambos dejaron creer que bancos, ferias, bolsas, congresos, cosechas, escuelas prácticas, puertos y ferrocarriles bastaban a la civilización, y que crearíamos en el Plata una nueva Europa con solo emplazar en la ribera del desembarco la estatua de Mazzini, y un buen hotel para los analfabetos de la inmigración europea que hoy pasan de quinientos mil en la capital de la República. Admiradores de la civilización anglosajona, nos la ofrecieron de modelo, deslumbrados ante el orden parlamentario y las prósperas industrias de aquellos pueblos, sin informarse bien de lo que pasaba en las escuelas clásicas de Oxford o de Harvard, y sin advertir que en las bases de aquella industria estaba la ciencia teórica y en el alma de aquellos parlamentos la educación literaria, pues solo el desinterés filosófico puede fundar verdaderas civilizaciones. Sin ese desinterés espiritual, lo que resta no sirve sino para acrecentar colonias o para enriquecer factorías.

Pertencieron a esa misma generación de los que organizaron la República, otros maestros de temperamento más armónico y de vocación más completa, aunque de menos influencia política que los ya mencionados. Dos de ellos, para ventura de la Universidad de Buenos Aires, ocuparon el rectorado en los primeros lustros de la época que empezaba: Juan María Gutiérrez, que fué rector desde el 61 al 73, y Vicente Fidel López, que lo sucedió hasta 1877. Gutiérrez, que tanto simpatizaba con todas las ciencias, era sin embargo un poeta. A él debe la Facultad de ingeniería su fundación, pero a él debemos también la restauración de los estudios literarios en nuestra Universidad. A poco de entrar en sus funciones rectorales, Gutiérrez advirtió — ¡asombrosos vosotros! — que en el plan de preparatorios no figuraba el estudio del idioma nacional. Pidió que se lo incluyera, juntamente con el de ciencias naturales, que tampoco formaba parte del plan. Abogó por que se proveyera a la enseñanza de la retórica y de la historia literaria, preparando él mismo los programas para un curso de seis años; incorporó el aprendizaje de los idiomas vivos; vigorizó la relajada disciplina de las lenguas clásicas. Gracias a los esfuerzos de Gutiérrez podemos decir que en 1867 se reanudó en esta Universidad el estudio de las letras, decaídas hasta perecer en la época de la tiranía, aunque las escuelas humanistas de la época colonial, habían producido poetas como Tejeda, Labardén y Varela, o pensadores como Gorriti, Montegudo y Moreno. La caída en la realidad semibárbara después de la revolución había sido tan profunda, que otros tantos años tardó la Universidad en retornar a ver las estrellas.

La senda abierta por Juan María Gutiérrez desde el rectorado, fué continuada por López al sucederlo en la alta función. Ya en 1873 se habló de ampliar los estudios literarios del curso preparatorio, que dependía de la Universidad, con la creación de un curso de humanidades superiores, y al año siguiente se mandó crear la "Facultad de humanidades y filosofía", cuyo plan general se dividió en dos ciclos: el primero, a base de letras y de matemáticas; el segundo, bifurcado en un bachillerato de ciencias, (con filosofía, historia, literatura, griego, latín) y en un bachillerato de letras, que, sin descuidar las ciencias físico-naturales, acentuaba el estudio de la filosofía y de las lenguas clásicas con sus respectivas literaturas. Vicente Fidel López, bajo cuyo rectorado realizábase esta reforma, era, al modo de Gutiérrez, un hombre respetuoso del humanismo como fundamento de la cultura. Hombre de letras él mismo — historiador, novelista, maestro de retórica en su juventud — había compuesto durante su destierro chileno un excelente Curso de bellas letras para uso de sus discípulos y se había incorporado a la Facultad de humanidades de Chile con una tesis sobre las ideas con que los diversos pueblos han contribuido a la civilización en la historia de la humanidad. Gutiérrez y López representaban, pues, una visión más completa de la cultura superior que Sarmiento y Alberdi, o al menos integraban la vocación crudamente pragmática de estos últimos, — habiendo sido Mitre quien conciliaba a los cuatro, en el equilibrio de su múltiple vocación. Mitre desde el gobierno de Buenos Aires, o desde la presidencia de la República, o desde la sede de su influencia personal, favoreció nues-

tros altos estudios, sin descuidar las otras necesidades argentinas. Con esos títulos vino a formar parte del primer Consejo Académico de nuestra Facultad, cuando ésta se levantó sobre los restos de la Facultad intentada en 1874, y fracasada en la forma que aquí lo veremos.

Ni las tendencias utilitarias de las primitivas facultades bonaerenses, ni las aficiones mercantiles de nuestra vida nacional, eran clima propicio para fundaciones de este género, que algunos consideraron de simple lujo aristocrático, otros de un desinterés sin objeto, y casi todos de una vanidad a la vez exótica y anacrónica, sin función en las necesidades de la sociedad argentina. Pero es menester confesar que si fracasó la primitiva Facultad de humanidades, debióse el fracaso a la aversión hilarante o esquiva de la juventud en aquel tiempo. Miguel Cané, que por entonces cursó nuestras escuelas, nos ha dejado en las pintorescas páginas de su "Juvenilia" un cuadro del grotesco desquicio reinante sobre todo en el curso de lenguas clásicas. Ni él mismo escapa en sus memorias estudiantiles a la caricatura de su fresca jovialidad, tan genuinamente porteña. "Para ingresar en la clase de primer año de latín — dice Cané — debí rendir un impalpable examen de gramática castellana, en el que fuí ignominiosamente reprobado por la mesa compuesta de Minos, Caco y Radamanto, bajo la forma de Larsen, Gigena y el doctor Tobal. Me dieron un trozo de la "Éneida", traducción Larsen, para analizar gramaticalmente; era una invocación que empezaba por "¡Diosa!" "Pronombre posesivo!" dije, y bastó, pues con voz de trueno gritó Larsen: "¡Retírate, animal!" — Esto era en diciembre, — agrega — en marzo arre-

metí de nuevo, pasé regular, con recomendación de mayor estudio para el año venidero, e ingresé en la famosa clase de latín donde Pirovano hacía sus raras y memorables apariciones". — Si esto le ocurría a Cané, joven de temperamento literario, que no imaginaba entonces llegar un día a ser decano de nuestra Facultad, no sorprende que cosas peores le ocurriesen a Pirovano, el futuro médico ilustre, que en sus escolares años de humanista apenas si consiguió aprender, con su traducción y su análisis, un solo verso de Virgilio, que aplicaba a todas las preguntas, hasta que al fin su profesor Larsen resolvióse a aprobarlo para no verlo más en sus exámenes. Y estos casos de desaplicación no eran individuales o aisladas; constituían la regla en un ambiente de asíduas rabonas o de raras asistencias que solo tenían por objeto burlarse en clase del profesor y de su idioma.

A pesar de todo ello, el latín marchaba con más fortuna que el griego, incluído en el plan, a imitación de los liceos y gimnasios de Europa. El profesor Larsen desempeñaba también la cátedra de griego. Autor de varias gramáticas que le valieron el respeto de Mitre, López y Gutiérrez, sus alumnos, sin embargo, no lo respetaban, por escasa afición a tales estudios. Durante largo tiempo, no contó en su clase de helenismo, sino con un solo alumno: "el correntino Fernández", a quien, con este nombre, "Juvenilia" ha perpetuado en esa actitud heroica y solitaria. "En la Universidad se sostenía calumniosamente — dice Cané — que el sueldo de la clase de griego se dividía entre Larsen y Fernández". — Dejádme transcribir todavía un trozo de "Juvenilia", pues sus indiscreciones valen más pa-

ra mi historia que ciertos documentos oficiales: — "...pero el hecho curioso es que Fernández solo, en su clase, conseguía armar unos barullos colosales, respondiendo imperturbablemente a las imprecaciones de Larsen: — "No soy yo" (Y no estaba sino él en el aula!). "Recuerdo que más tarde — agrega el regocijado narrador — cuando fuimos estudiantes de derecho, Patricio Sorondo nos invitaba a entrar en masa en la clase de griego, como oyentes. Cuando Larsen leía algún verso, Patricio sonreía con lástima. Interpelado, aseguraba al buen profesor que su pronunciación helénica era deplorable; que a lo sumo solo podía compararse al dialecto de los porteros de Atenas en tiempo de Pericles. Fernández se indignaba, y encarándose con Patricio, le dirigía una alocución en griego que ni él mismo, ni Larsen, ni nadie entendía. La escena concluía siempre poniéndonos Larsen a todos en la puerta y encerrándose de nuevo con Fernández que a todo trance quería saber el griego". — Si tal era, señores, la atmósfera en que se realizaban los estudios clásicos, no es difícil explicar el fracaso de dichos estudios. Las cosas marcharon menos mal para la filosofía, pero ha de atribuirse el relativo éxito de esta disciplina, a influencia personal del sabio Amadeo Jacques, que desempeñaba la cátedra. Más que aquellas cosas abstractas o remotas, apasionaban a la juventud de nuestra "Atenas" sin Acrópolis, las grescas de "crudos" y "cocidos", u otras semejantes en que se embanderaban, trayendo a veces el tumulto de las calles al recinto del aula.

El aprendizaje del griego, no tenía tradición en nuestro país. No se lo había enseñado en las escuelas coloniales. Era esa la primera vez que

se intentaba incorporarlo en nuestra educación. Careció de ambiente; se concluyó por suprimirlo, y no reapareció sino veinte años más tarde, pero ya en los programas de nuestra Facultad. El latín, en cambio, subsistió más tiempo, quizá porque tenía más arraigo en las tradiciones de nuestra cultura, aunque también quedó suprimido en el ciclo secundario, creando con ello un problema didáctico de solución difícil para los que habrían de enseñarlo en la Universidad. Cuando después de la presidencia de Mitre, los Colegios Nacionales se difundieron por toda la República, el fenómeno porteño de aversión y de hilaridad se reprodujo, aunque con menos violencia, en las ciudades del interior, y yo mismo alcancé en el Colegio de Santiago, con mi venerable maestro don Pablo Vella, un último ensayo de latinidad en el cual contrastaba la ciencia filológica y la buena fe docente del profesor extranjero con la criollada alegre de los discípulos que se distraían tocando la música en plumas de acero apretadas por el pupitre o tirando proyectiles de tiza contra el pizarrón, mientras el noble viejo leía algún armonioso pasaje virgiliano: — **Sicelides Musae, paullo majora canamus** (Egl. IV. 1) — u otro en que mis oídos precoces se deleitaban.

En medio de esas tribulaciones, los defensores del humanismo no quisieron rendirse, y aunque la hostilidad ambiente iba desalojándolos de la enseñanza general, buscaron salvar, siquiera fuese en la alta docencia universitaria, el legado de la cultura antigua. Así en 1881, una vez federalizada la ciudad de Buenos Aires y nacionalizada la Universidad, se insistió en el fracasado proyecto de 1874, y una nueva Facultad de hu-

manidades volvió a figurar en la Universidad, entonces reorganizada. Trazaron su plan de estudios, por comisión especial, Mariano Larsen, el profesor antes citado, David Lewis y Matías Calandrelli, dos nuevos obreros de la filología en el precario campo de nuestra educación. Dijérase que los tres habían llegado en la nave de Eneas, y que vagaban por nuestras playas con los hostilizados penates del viejo culto. El plan por ellos presentado, si bien muy ceñido a los similares de Europa, se caracterizó por la inclusión de algunas materias nacionales. Con él la historia americana entraba por vez primera en nuestra Universidad; se destinaba dos años a la literatura castellana, uno a las literaturas hispanoamericanas, uno a las antigüedades prehistóricas de América. Para temas de mayor universalidad, creábanse cátedras novísimas, según el estado contemporáneo de la ciencia filológica: una en primer año de fonología y derivación de las palabras neolatinas; otra en segundo, de clasificación de las lenguas; y en el último año una tercera de sánscrito y gramática comparada de las lenguas indaeuropeas. No era menos novedosa en la Universidad argentina la creación de cátedras especiales para cada una de las literaturas nacionales de la Europa moderna, así como para las literaturas bizantina, latinocristiana, y norteamericana; y para la filosofía oriental y la escolástica contemporánea. El plan de 1881 constaba de tres años, con ocho materias por curso. La aprobación de los dos primeros daba derecho al título de bachiller; el último, al de doctor, previa la tesis, o al de profesor, previa una monografía sobre métodos de enseñanza. Pero toda esa construcción — en la cual se ve aquí la ma-

no de Calandrelli o de Larsen, allá la de López o Avellaneda que era entonces rector — nunca pasó de generoso proyecto, y el edificio se quedó en los papeles. Votó el Congreso los fondos requeridos, pero antes de 1883, la Facultad ya no existía. Habíala malogrado la indiferencia pública, peor que los ruidosos desórdenes que mataron a la de 1874. Las aulas estuvieron durante un año silenciosas, y al fin sus pocos profesores se alejaron de esa atmósfera enrarecida por la deserción.

Cuando se recuerda que tales fueron las tristes experiencias del humanismo en nuestro medio universitario, se admira más la tentativa siguiente, y sobre todo se admira el éxito de la nueva fundación, fruto de gestiones persistentes durante los años de crisis financiera que precedieron y siguieron a la revolución de 1890. En presencia de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, entonces nacida; en presencia de sus cátedras laboriosas, de sus institutos fecundos, de sus aulas colmadas por una juventud henchida de austera abnegación y de nobles ensueños, podemos afirmar en este centenario de la Universidad, que la vieja combatida idea ha triunfado, que Ariel ha vencido a Calibán, y que la ciudad mercantil tiene hoy un Pórtico donde en el divagar del diálogo platónico zumban las gracias del espíritu como las abejas áticas entre los rosales del jardín antiguo.

Hace hoy veinticinco años iniciábase la obra en la ciudad indiferente u hostil, con cinco profesores y diez alumnos — quince ilusos por todo — entre el silencioso asombro de las gentes prácticas y la sonrisa burlona de los que se creían más sutiles. No halló esta Facultad en la socie-

dad enriquecida el apoyo que le es menester, ni en la enseñanza general las bases didácticas que le son necesarias, ni en el estado la acogida que se debe a los graduados de la casa, ni en la misma Universidad las afinidades que definen la cultura universitaria en los países civilizados. Las tres facultades napoleónicas de la primitiva fundación, habían ido emancipándose de la unidad filosófica que fuera el nervio de las antiguas escuelas, prosperando con alumnos venidos de colegios cada vez más exhaustos de literatura y más opulentos de psicofisiología. Orgullosos de su aislamiento profesional, los del derecho no querían ocuparse sino en su abogacía, los de medicina en su terapéutica, los de ingeniería en sus mensuras. Sobre ese cuadro de áspero materialismo, en el cual hasta la inteligencia había renunciado a sus fueros — como no fuese para las granjerías del oficio o para las vivezas de la política que suele ser también un oficio, — se alzó esta pálida deidad de los sueños pitagóricos — la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires — proclamando en la vieja universidad de los profesionales la vocación de los estudios desinteresados sin los cuales la Universidad no existe para la ciencia, y afirmando en la nueva ciudad de los mercaderes cómo la filosofía, la historia y el arte explican el destino de los pueblos que llegaron a ser protagonistas de la civilización.

Fueron modestos nuestros principios: apenas una cátedra de latín a cargo de don José Tarnassi, y luego las otras: Juan José García Velloso en literatura española, Rodolfo Rivarola en filosofía, Clemente Fregeiro en geografía, Enrique García Merou en historia. El concurso de estudiantes se caracterizó desde el comienzo por

la presencia de mujeres, que señalaban una nueva inquietud del feminismo argentino, y por la presencia de normalistas que en el desinterés de nuestros estudios hallaban nuevo horizonte para la abnegación que los llevara a la docencia primaria. Los bachilleres, desgraciadamente escasos aquí, agolpábanse populosos en las otras facultades, a la busca de profesiones más rendidoras. Así empezó a vivir penosamente nuestra Facultad, que al entrar en su segundo año, creó la segunda cátedra de latín, confiada al joven profesor Vicente García Videla, que falleció pocos meses después, dejando en esta casa la impresión de un relámpago, por la luz fugaz y brillante de su espíritu.

Pues ya tenemos también nosotros nuestros muertos, aunque breve es nuestra historia. Digamos, como en la secuencia de una plegaria, con voz lenta, otros nombres amados... Aquellos maestros se llamaban José Tarnassi, que con su noble gesto de patricio romano hablaba aquí de los poetas de Roma; Antonio Porchietti, que con la unción de un monje sabio veneraba sus libros latinos; Juan José García Velloso, que con fervor español enaltecía a los poetas de España; Juan Ambrosetti, que de remotas regiones traía para nuestro museo las huacas de los indios; Horacio Piñero, que prescindía del alma en su laboratorio pero no en sus discursos; Lafone Quevedo, que con su cuerpo leve parecía un fantasma de las épocas por el mismo evocadas; y Carlos Octavio Bunge, el pensador vigoroso, en quien fué gran injusticia de los dioses la temprana muerte... Ahora que ya no podemos sentir emulaciones ante aquellas sombras, ved como resplandece su virtud de maestros en el testi-

monio de las obras o en la gratitud de los discípulos... Que así mañana, cuando nosotros hayamos partido, una palabra de justicia y de amor nos recuerde, porque también nosotros habíamos dado a esta casa lo mejor que teníamos.

Perdonadme, señores, este luctuoso recuerdo en mitad de la fiesta, mas no olvidemos que la buena oración con que se recuerda a los amigos que ya partieron es grata a sus manes cuando del labio leal fluye dulcemente como el vino y la leche de la ofrenda en la tumba pagana. Me ha parecido, además, que necesitaba ser justo con quienes nos precedieron en la aventura, para poder ser sincero con quienes hoy tienen puestas las manos en la árdua tarea.

Después de la muerte de García Videla, ocuparon la cátedra de lengua latina, Teófilo Wechsler, políglota laborioso, y Valentín Balbín, autor de gramáticas que fueron los textos de mi adolescencia provinciana. Los estudios helénicos se iniciaron más tarde con el maestro italiano don Francisco Capello, a quien hoy acompaña don Rómulo Martini, primer argentino que según mis noticias haya enseñado griego en las escuelas del país, y ambos cuentan ya entre sus discípulos criollos a un traductor de Bachilides. Las cátedras de latín, que han graduado ya a un comentarista de Claudiano, continúan funcionando con buena matrícula bajo el magisterio de Martini, Cranwell, Chiabra y Moliné, y me detengo a señalar estos nombres, porque es en tales disciplinas donde escollaron las fundaciones anteriores, y porque el alumnado de dichos maestros viene de escuelas o colegios donde dichas asignaturas fueron hace ya tiempo suprimidas, y porque las letras clásicas son la pie-

dra de toque de una Facultad de humanidades, aunque dentro y fuera de nuestra Universidad hay todavía doctores que se niegan a aceptar esta proposición tan evidente.

Mientras se completaba el curso de las letras clásicas, médula de la cultura europea que aspiramos a continuar renovándola, fué nuestra Facultad proveyendo al estudio de las humanidades modernas, que habrán de consolidar las disciplinas de la civilización americana. Así vino don Samuel Lafone Quevedo a nuestras aulas para hablar sobre las lenguas indígenas; así vino don Juan Ambrosetti para discurrir sobre los restos de la arqueología aborígen; así vino don Roberto Lehmann Nitsche para disertar sobre antropología de las razas autóctonas. A la par de ellos, otros docentes de ciencias históricas — Fregeiro, Castellanos, Peña, Dellepiane, entre los precursores; García, Quesada, Ibarguren, Torres y del Valle Iberlucea entre los actuales — estudiaban las tradiciones de América y de la humanidad. A favor de tan múltiples estímulos han nacido en nuestra Facultad tres institutos filiales destinados a gran porvenir en la cultura argentina: el Museo Arqueológico, dirigido por don Salvador Debenedetti; la Sección de historia, dirigida por don Emilio Ravignani; el Departamento de geografía, dirigido por don Félix Outes; — tres estudiosos vinculados desde su adolescencia a los maestros de esta casa. El Museo con sus valiosas colecciones será conocido como uno de los mejores de América cuando pueda instalarse en más adecuado local, aprovechándolo en estudios de mayor difusión; la Sección de historia, con sus publicaciones documentales, en las que jóvenes investigadores colaboran con

critorio y método científicos, es ya un índice de lo que podemos llamar la nueva escuela histórica argentina; el Departamento de Geografía, con su material cartográfico y bibliográfico de reciente organización, habrá de ser el centro intelectual donde se continúe mejorada para bien del país la obra fugaz o fragmentaria de los autodidactas predecesores. Esos tres institutos, carne de nuestra carne y espíritu de nuestro espíritu son, por sí solos, justificación de una Facultad donde se estudia la historia de la República, y testimonio de nuestra ya fecunda vitalidad.

Advirtamos que la arqueología puede ser utilizada en las artes industriales; la historia, en una mejor interpretación de la política; la geografía en un aprovechamiento más conciente del patrimonio nacional, y habremos señalado como son conciliables con la vida útil las especulaciones de nuestro desinteresado idealismo. No venía, pues, la Facultad nuestra a mover guerra a las cosas de la riqueza argentina, puesto que de ellas vivimos también nosotros. Nunca estuvimos (no lo estaremos jamás!) contra la ciencia provechosa, ni contra el bienestar democrático, ni contra la industria nacional. Pedíamos solamente un sitio bajo el sol de todos a fin de que unas cuantas vocaciones abnegadas pudieran aplicarse en la tarea integral de la cultura, a cultivar los campos del espíritu, yermos para la Universidad después de largo abandono. Por las luces del cielo, se orientaba el gaucho en la tierra y el navegante en el mar. Como ellos queríamos andar nosotros, buscando el camino de aquí abajo en las estrellas de arriba. Y si la filología de las lenguas muertas puede tener función pragmática en el logro de una ideación más cla-

ra, de una expresión más justa, de un mayor conocimiento del idioma que hablamos, calcúlese cuan útil no será el conocimiento científico del propio idioma y de las literaturas modernas. Estas son el principal agente de simpatía entre las naciones. Hombres y pueblos adquieren por ellas una mayor conciencia de sí mismos. Para enseñarlas vinieron a la casa don Juan José García Velloso, don Calixto Oyuela, don Miguel de Toro y Gómez, y yo mismo vine (vosotros me perdonaréis la autoalusión inmodesta) a crear la primera cátedra de literatura argentina, reconstruyendo en el seminario, en la lección, en el libro, la olvidada historia de nuestra evolución intelectual. Tan inmediata ha sido para mí la fortuna en este campo de la común labranza, que uno de los que fuerca mis discípulos — don Alfonso Corti — es hoy mi joven colega en una cátedra análoga, mientras van otros, en la enseñanza o en el opúsculo, realizando una vocación cuyo origen se remonta a las iniciaciones que en esta casa recibieron.

Bien conozco las deficiencias de nuestra Facultad, y dejo a sus enemigos la satisfacción de divulgarlas. Bien conozco también el remedio teórico de esas deficiencias, pero somos cuanto la capacidad del medio embrionario en que vivimos nos ha permitido ser. No es en las seculares aulas de Europa donde ha de buscarse la medida de nuestro esfuerzo: en aquella gloria está la meta de nuestro afán, pero no su medida; ésta ha de hallarse en el contraste que nos separa de una crepitante metrópoli nueva, donde hemos realizado la hazaña de reunir a las pocas almas que aman otras letras que las de cambio y otros libros que los de cheques. Así hemos logrado

subsistir en este rincón de nuestros sueños, y ha sido el éxito difícil, como vosotros bien lo sabéis, maestros y alumnos, amigos míos todos, por quienes hablo y para quienes hablo en esta solemne ocasión. Y puesto que hemos venido aquí para hacer públicamente nuestro examen de conciencia, yo digo públicamente esta simple verdad: vosotros — jóvenes mujeres que amáis el estudio, jóvenes varones que no buscáis la riqueza, — vosotros sois los abnegados, porque vosotros habéis desoído la tentación poderosa de carreras más proficuas, y nos habéis traído para salvar el ensayo esa cosa pura que nos ha salvado, este hálito sutil que aquí se respira: el soplo de vuestra esperanza.

Al adoptar la vocación del estudio desinteresado y de la enseñanza que mañana practicaréis, os suponemos pasta de filósofos, puesto que, según la antigua definición, amáis la sabiduría. Porque tendrá que ser la nuestra una casa de filósofos. Aquí tenéis en la fila de vuestros maestros a Cariolano Alberini, que plantea los problemas de la filosofía en el aula donde hace pocos años era estudiante, y donde antes enseñaron Piñero, Berra, Bunge, Ingenieros, Senet, Rodríguez Etchart, disertando sobre temas de psicología y educación. Otros maestros tenemos para debatir sobre la esencia del universo y el destino del hombre en la naturaleza. Schulz en geografía física, Jakob en biología, Korn en la revisión de las doctrinas, Matienzo en lógica, Rivarola en ética y metafísica, Mouchet en psicología, Morel en estética, Moreno en ciencias de la educación, promueven hoy el estudio de la filosofía. Fundada nuestra Facultad cuando en nuestro país privaba la doctrina positivista, no faltó

quien negara, también aquí, la existencia del alma, sin duda porque el alma había desaparecido de la cultura argentina. En nombre del dogma nuevo, se pretendió sobreponer la fisiología o el materialismo histórico a todo lo que constituye la tradición, la esencia y la gloria del humanismo, pero hoy podemos decir que bullen en la juventud argentina las heterodoxas inquietudes de un ideal más complejo y mejor avenido con los objetos de nuestra fundación. De la nueva generación depende que la cultura nacional adquiera la aptitud metafísica y la universalidad sistemática que caracterizan al verdadero pensamiento filosófico.

Cualesquiera que aun sean las fallas de nuestro instituto, debo decir en este centenario de la Universidad de Buenos Aires, que desde 1821 hasta 1896, fecha de nuestra iniciación, poco o nada había hecho la Universidad por la historia, la filosofía o las letras. Por el derecho, sí: casi toda nuestra ciencia jurídica ha sido un fenómeno universitario. Por la medicina, sí: casi toda nuestra ciencia biológica ha sido un fenómeno universitario. Por la ingeniería, sí: casi toda nuestra ciencia matemática ha sido un fenómeno universitario. Pero no ocurre lo propio con la filosofía, la historia y las letras, que antes, desenvolvíanse fuera de la Universidad, como fruto de vocaciones individuales, por falta de un instituto superior que, como el nuestro, acogiese y orientara esas vocaciones. Si no hemos tenido en filosofía pensadores de valer universal, la mayor culpa es de las omisiones universitarias. Si no hemos tenido en historia academias de investigación, la mayor culpa es de las omisiones universitarias. Si no hemos tenido

en letras filólogos disciplinados, la mayor culpa es de las omisiones universitarias. Triste, pero necesario en esta fiesta de regocijos oficiales, me es confesar que casi toda la cultura argentina elaborada durante el siglo XIX ha sido obra de virtuosos autodidactas, razón que glorifica a sus autores y excusa los notorios defectos de nuestra cultura. Tengamos el coraje de confesarlo hoy aquí, pues la presencia de universitarios extranjeros no debe cohibirnos, porque ellos nos respetarán mayormente cuando vean que esta no es ocasión de cortesanos eufemismos para adular al pasado, sino de recias verdades para mejorar el porvenir.

Autodidacto fué Ameghino, el explorador de nuestra geología, el creador de nuestra paleontología, el renovador de la antropología americana, el que replanteó con nuevos datos e hipótesis antiguos problemas sobre el origen del hombre y de la vida. Autodidactos en historia fueron López y Mitre, así como sus precursores y sucesores inmediatos, que salvaron nuestras fuentes, fundaron archivos, museos, asociaciones históricas, y consumaron en libros fundamentales la reconstrucción de nuestro pasado. Autodidactos fueron en sociología, en educación, en moral, Sarmiento y Alberdi, cuyas ideas de pensadores espontáneos no fueron aprendidas en la Universidad, ni hasta hace poco enseñadas en ella. Autodidactas fueron en literatura Echeverría con la liberación estética de su romanticismo y Gutiérrez con la disciplina crítica de su buen gusto clásico, en complementarios esfuerzos a que debió su fecundidad nuestra literatura. Autodidactas fueron Estrada en la cátedra, Cambaceres en la novela, Coronado en el teatro, y lo fueron en

la poesía lírica Mármol, Guido, Andrade, Obligado, Almafuerte. Que la poesía, la novela y el drama se hayan desarrollado sin merecer la atención de la Universidad, podemos en cierto modo comprenderlo, pero no podemos comprender que haya sido fenómeno extrauniversitario casi todo el pensamiento argentino en historia, en moral y en estética. No carecieron de vocación universitaria nuestros autodidactas, y lo prueban sus libros, sus servicios civiles, su magisterio personal, las corporaciones que fundaron por iniciativa privada, como la Asociación de Mayo, el Instituto Geográfico, la Sociedad Científica, la Junta de Historia, el Ateneo de Buenos Aires, tantas asociaciones nacidas para estudiar lo que la Universidad descuidaba. Simpatizaron ellos con la Universidad argentina, y por eso quisieron convertirla en una fuente de vida espiritual. No simpatizó la Universidad con ellos, porque se obstinó en ser una capilla de aristocráticos doctores o una oficina de profesionales felices en el estrecho recinto de sus especialidades utilitarias.

Ventana abierta sobre el azul infinito, fué, señores, esta Facultad de filosofía y de historia y de letras en la Universidad de Buenos Aires; ventana abierta en el sórdido claustro de antaño para que unas cuantas almas soñadoras se asomaran, como quien dice, a contemplar las estrellas, a respirar la brisa de los campos, a auscultar en la sombra los rumores de la sombra lejana. Deseábamos estudiar los problemas de la verdad, cuya intermitente luz enciéndose como los fuegos fátuos sobre las tumbas, en las disputas de los sucesivos sistemas filosóficos; deseábamos estudiar los ideales de la moral en acción,

cuyo dolor palpita como una enorme tragedia en las luchas de la historia; deseábamos estudiar el misterio de la belleza, cuya emoción sonríe, como la flor fecunda en el follaje efímero, por entre las otras vanidades de la vida; deseábamos, finalmente, restituir al hombre su unidad y su dignidad espirituales, despojando de su corteza al médico, al ingeniero, al abogado, lo mismo que al político, al militar o al burgués para buscar en sus adentros la pulpa esencial de las categorías humanas. Muy pocos fueron entre nosotros los que al principio comprendieron ese programa de cosas impalpables. ¿Para qué la metafísica, si su historia nos demuestra en la renovación de los propios sistemas, su solemne inutilidad frente a las ciencias experimentales y a la aplicación de las ciencias en la industria? Pues para aprender a pensar con discernimiento, respondíamos. ¿Para qué la ilusoria reconstrucción del pasado, si la realidad presente, con sus empresas múltiples, solicita nuestra voluntad? — Pues para no perder el rumbo de la acción, respondíamos. — ¿Para qué la poesía, si la prosa es el lenguaje espontáneo y viril, tanto más eficaz cuanto más sobrio, como el diálogo de la merca o el mensaje del cable? — Pues para ennoblecere con su belleza las almas respondíamos. — Todo esto pareció incomprensible o fútil a muchos doctores de la Universidad o de la política. Entretanto, algunos mentores del proletariado nos miraban con prevención, porque ellos preferían las bibliotecas populares; y los burgueses de la plutocracia nos consideraban con desdén, porque ellos preferían los libros de cheques y las letras de cambio. Olvidaban los socialistas, por ejemplo, que Jean Jaurés fué doctor en filosofía

y que escribió su tesis en latín sobre la realidad del mundo sensible. Olvidaban los enriquecidos de la burguesía que el plutócrata yanqui suele llamarse Huntington o Carnegie y regalar su dinero para el fomento de estos desinteresados estudios. Por haber predominado la absurda incompreensión, perecieron en 1874 y 1883 las tentativas humanistas que antes mencioné, y por haber tenido que luchar con todo ello, no ha alcanzado nuestra Facultad ni el nivel docente, ni la influencia pedagógica, ni el prestigio social a que la creemos destinada.

Para reconocer cuan precaria es todavía nuestra situación, bástenos recordar que ni siquiera podemos organizar los horarios del aula por carecer de un apropiado local, como no lo dudaráis al ver el aula donde nos encontramos reunidos, y que nosotros, por afición a la retórica, llamamos el "Aula magna". Los diplomas docentes expedidos por la Facultad no han sido hasta hoy debidamente reconocidos por los gobiernos, porque siempre se prefirió para las cátedras al recomendado del comité. El porcentaje de bachilleres en nuestra inscripción es casi nulo en proporción a los millares que se derraman en las otras carreras; bien que en estos ya empieza a notarse la plétora profesional, a la vez que en la enseñanza secundaria va notándose la necesidad de profesores más especializados, dos signos que auguran un próximo vigorizamiento de nuestros estudios. Grande es, y difícil, la parte de labor que aun nos resta para los días venideros. Si algo hemos logrado hasta hoy, ya he dicho a quien se lo debemos; pero todo nuestro éxito apenas se reduce a haber demostrado que esta Facultad es un organismo viable y que tenemos una función

insuprimible en la sociedad argentina. Bien están los elevadores de granos, y las ferias rurales, y los bancos opulentos, y las reformas obreras, y los ferrocarriles, puesto que son necesarios, y nosotros nos regocijamos de todo ello como hombres, porque redundan a favor de nuestro bienestar o es testimonio de nuestras energías materiales; aunque si solo eso tuviéramos, seríamos una próspera factoría cosmopolita, acaso una colonia sin metrópoli, pero no una nación civilizada. A la historia, a la filosofía y al arte deben los pueblos la conciencia de su destino como protagonistas de la civilización. Pedimos ahora que se nos deje persistir para mejorarnos, y decimos que esa mejora vendrá por la selección de los maestros, por la vocación de los alumnos, por la moral del gobierno universitario, por el progreso de la cultura social. En veinticinco años, mucho ha cambiado la opinión pública a favor de nosotros. Las otras Facultades tienden a superar el antiguo profesionalismo por el fomento de la investigación científica, renovadora de la ciencia, y de la especulación filosófica, dignificadora del hombre. Los argentinos han empezado a comprender que no está de más el florecimiento de estas amapolas en el campo dorado de aquellos trigales.

Breve es nuestra historia, y hemos querido aprovechar el centenario de la casa materna para reafirmar públicamente nuestros ideales, definir nuestra función en la cultura argentina, y decir a la ciudad afanosa lo que en tan breve tiempo le hemos dado, y a la República toda lo que aun nos debe si es que en verdad aspira a consolidar su conciencia como nación civilizada, colaborando en la obra de la cultura univer-

sal. Aspiramos a mejorarnos por el estudio cada vez más austero, a unirnos en el ideal común para hacer respetable nuestra divisa, a llevar nuestra influencia a todos los órdenes de la educación, a captar las energías propicias del ambiente, a pedir a las viejas naciones lo que aun necesitamos de ellas, a vigorizarnos con nueva sangre, a emplazarnos en el centro espiritual de la vida argentina. Y si esto es lo que necesitamos hacer, creo que para hacerlo necesitamos demostrar con la propia conducta que esta casa no puede ser, ni una encrucijada de intrigas, ni una simple yacija burocrática, ni un "five o'clock" de esparcimientos amables, ni un imponente fósil de la pedagogía.

Vosotros bien me comprendéis, queridos discípulos, calurosos amigos míos a quienes amo como a la más florida corona de mi vida universitaria. Yo también os comprendo, porque son vuestros hoy los sueños de mi libre adolescencia, a los cuales he seguido fiel durante los años de la madurez laboriosa. Honrándome una vez más, con vuestra simpatía, habéis querido escuchar mi palabra en esta fecha solemne de la Universidad, y os he hablado con el corazón conmovido pero con el pensamiento sereno, como lo anunciara el exordio. En nuestro común anhelo de perfeccionamiento, hemos practicado la extensión universitaria según la escasa medida de nuestros recursos, despertando en la sociedad una onda creciente de simpatías; hemos incorporado por concurso en las suplencias una legión de profesores jóvenes a quienes tocará la responsabilidad de los nuevos progresos; hemos podido practicar aquí serenamente la reforma universitaria, gracias a la disciplina intelectual de nues-

trós alumnos; y hemos albergado en la casa a algunos excelentes profesores extranjeros con quienes vivimos en esa inteligente fraternidad del humanismo, que tiene entre sus dones generosos el de superar los nacionalismos estrechos por la universalidad de la cultura. Pero todo eso es nada, si lo comparamos con lo mucho que aun nos resta por hacer. Vuestra es toda entera la obra de mañana. Dad al porvenir vuestros ilusionados esfuerzos, porque tal es el deber de la juventud, pero pedid a la filosofía los hábitos de meditación, a la historia el sentido de continuidad, a la poesía el sentimiento de las palabras armoniosas, al arte la intuición de las actitudes elegantes. Entráis en el mundo en una hora crítica para la humanidad. Siéntese sobre la tierra todo el frenesí de una nueva esperanza. Adivino vuestras inquietudes, gozosas o dolorosas, pues son también las mías. Por eso en el umbral de la nueva acción, os digo, clausurando el discurso: seamos todos — vosotros y nosotros, — como el sembrador que mientras conduce el arado y va rompiendo el terrón de su gleba, suele ir modulando un dulce cantar en el aire de la mañana.

Poetas Argentinos	Antología de	(1. ^a parte
" " " "	la Primavera	(2. ^a parte
Roberto F. Giusti	Anatole France II Edición	
Enrique José Varona .	Con el eslabón	
Martiniano Leguizamón	Tradiciones del Pago	
Delfina B. de Gálvez..	Poesías	
Luis María Jordán	El Príncipe Mamboretá	

Año III ===== **Tomo IV**

Juan B. Justo	Ideas sobre Historia
Benito Lynch	El pozo
Rubén Darío	Páginas Olvidadas
Emilio Berisso	Reminiscencias
Pedro Prado	Las Copas
Almafuerte	Evangélicas
Héctor Pedro Blomberg	Gaviotas Perdidas
Ricardo Roja	La Universidad y la Cultura

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En la Argentina	{	Por un año	\$ 2.50 m/n.
		„ seis meses	„ 1.30 „
		Número suelto, 0.20 en la capital.	
		„ „	0.25 en el interior.
En el exterior..	{	Por un año	\$ oro 1.30
		„ seis meses	„ „ 0.70
		Número suelto	„ „ 0.15

LEA VD. =====

LOS CUENTOS

:: Antología de los mejores Poetas y Cuentistas ::



PRECIO: 0.10 CENTAVOS

NO DEJE VD. DE COMPRAR ESTA REVISTA

AÑO 9

Segundo Anillo, Julio de 1937

N.º 5

BABEL

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA

DIRIGIDA Y REDACTADA POR:

MORFNO 1167 - D. T. 1278, REYNOLDA

5

Precio en la Capital..... \$ 0,30
" el Interior..... " 0,25

SUMARIO

ALEJANDRO KORN: **VIDA NUEVA** ENRIQUE
BANCHS: **SONETO** — MANUEL GALVEZ:
UN PERSONAJE REPRESENTATIVO —
A MARASSO ROCCA: **MODERNISMO**—
SHELLEY: **A UNA ALONDRA**— LUIS
L FRANCO: **FIGURAS**— ERNESTO
MARIO BARREDA: **NIDO DE**
HUÉRFANOS— RAFAEL DE
DIEGO: **EL PONEPLIEGOS**
FERNAN FÉLIX
DE AMADOR:
CANCIÓN
ETC

MOTIVOS DE LA CIUDAD — MÚSICA Y
TEATRO NACIONAL — PERSONAS —
OBRAS Y COSAS — LA VIDA LITERARIA
NOTAS DEL MOMENTO.
DIBUJOS DE KONTENÉORO.

FASCIMILE DEL NÚMERO 5 DE «BABEL»

En la Capital \$ 0,20
„ el Interior „ 0,25

Imp. M. L. Rañó y C^{ta}
Estados Unidos 3944

LA
548
R65

Rojas, Ricardo
La universidad y la cultura
argentina

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 10 15 10 002 6